

¿POR DÓNDE EMPEZAR?

(Comentario de J. Antonio Pagola a Mateo 13, 44-52. 17º domingo del Tiempo ordinario, ciclo A)

Hace algún tiempo pronunciaba yo una conferencia ante un público joven de San Sebastián. Después de mi intervención se produjo un animado debate sobre la fe. En cierto momento, una joven, después de adherirse a quienes confesaban una postura agnóstica, vino a decir más o menos lo siguiente: «Hoy sigo siendo agnóstica, pero se está despertando en mí el deseo o la necesidad de creer. ¿Por dónde tengo que empezar?»

La pregunta me llegó muy dentro: «¿Por dónde empezar?» Sinceramente le tuve que contestar que yo no sé por experiencia cómo se sale del agnosticismo y cómo se vuelve a recuperar una fe viva en Dios. Por otra parte, creo que los caminos pueden ser diversos. Pero la pregunta de la joven me está obligando a pensar qué puedo aportarle yo desde mi experiencia creyente a quien busca recuperar o «refundar» su fe.

Antes que nada, pienso que, desde fuera, no se le puede «enseñar» a nadie a creer, como no se le puede enseñar a sentir, a llorar o a gozar. Yo puedo compartir con él mi experiencia y mostrarle cómo vivo yo el misterio de la vida, pero el camino de la fe lo ha de recorrer cada uno, «atraído» secretamente por Dios.

Estoy también convencido de que la fe no es cuestión de raciocinios y discusiones. Creer es otra cosa. Lo esencial no es llegar a verificar de manera razonable la «hipótesis» de Dios. El verdadero problema está en otra parte. Siempre que he discutido con alguien sobre cuestiones teóricas de fe, he tenido la impresión de que no estábamos hablando de «lo importante».

Tal vez, lo primero es encontrarse sinceramente con uno mismo y descender hasta el «corazón», ese lugar simbólico y secreto donde se toman las decisiones fundamentales. Por lo general, vivimos demasiado distraídos y ocupados, y no acertamos a plantearnos la vida ante el misterio de la Presencia o la Ausencia de Dios. Esa actitud interior sincera me parece decisiva.

Por eso es tan importante la cuestión de la oración. ¿Tú oras o no oras? Creo que ahí estamos abordando algo esencial. La oración no es teoría, ni discusión ni reflexión. Es una actitud responsable y libre ante el misterio último de la existencia. Cuando oro, me estoy planteando las cuestiones más decisivas: ¿Puedo confiar en Alguien, o me constituyo a mí mismo en centro absoluto de mi existencia? Mi vida, ¿termina en mí mismo, o puedo esperar en Dios?

No conozco una postura más honesta y valiente que la del hombre o la mujer que, desde una actitud de búsqueda sincera, sabe decir de verdad: «Dios, si existes, haz que yo crea en Ti». El misterio de Dios, según Jesús, se parece a un «tesoro escondido en el campo». Quien un día lo encuentra se desprende de todo para hacerse con El.